

EL RUMOR DEL OLEAJE¹

1956

YUKIO MISHIMA

(japonés)



Esta novela está ambientada en la isla de Utajima (Japón), lugar de una belleza natural impresionante. El texto narra los amores de dos adolescentes que deben vencer los prejuicios sociales y la diferencia económica entre sus dos familias. En este capítulo, el joven Shinji, un pescador pobre, confirma que su amada Hatsue también lo quiere, pues esta le envía clandestinamente una fotografía. Sin embargo, ella está prometida por su padre a otro joven rico, llamado Yasuo. Este y Shinji mantienen una silenciosa hostilidad, pero los dos comienzan a trabajar en un barco comercial y viven una serie de aventuras que marcan su tránsito a la adultez, pues se alejan de su isla natal y conviven con marineros experimentados. En una de las travesías marinas, se desata un tifón y la tripulación del barco debe realizar una serie de maniobras para salvar la embarcación: una de ellas implica que un marinero se lance al mar embravecido y ate una cuerda a una boya. Es una misión de alto riesgo y voluntariamente Shinji decide asumir esa tarea sin medir las consecuencias. A continuación, podrás leer el capítulo 14 de la novela.

Llegó la estación de las lluvias y el transcurso de los días solo aportaba a Shinji amargura. Incluso las cartas de Hatsue habían cesado. Era evidente que, después de que el padre de la muchacha hubiera frustrado su encuentro en el santuario de Yashiro, del que con toda probabilidad se había enterado al leer la carta, había prohibido estrictamente a su hija que siguiera escribiéndole.

Un día antes de que finalizara la estación de las lluvias, llegó a la isla el capitán del *Utajima-maru*, uno de los dos cargueros de cabotaje, y el de mayor calado, que poseía Terukichi Miyata y que ahora estaba anclado en Toba.

El capitán se dirigió primero a la casa de Terukichi y a continuación visitó la de Yasuo. Aquella misma noche se entrevistó con Jukichi, el patrón de Shinji, y por último fue a casa de Shinji.

El capitán tenía cuarenta y tantos años y tres hijos. De elevada estatura, se enorgullecía de su fortaleza, pero era un hombre de carácter amable. Era un miembro entusiasta de la secta budista Nichiren, y si una de sus estancias en la isla coincidía con el Festival de Todas las Almas, siempre oficiaba como una especie de monje lego y leía los sutras por el reposo de las almas de los difuntos. Tenía mujeres en diversos puertos, a las que su tripulación se refería como la tía de Yokohama, la tía de Moji y así con todas. Cada vez que el barco atracaba en uno de esos puertos, el capitán llevaba a los tripulantes jóvenes a la vivienda de su mujer, donde tomaban un trago. Todas las «tías» vestían de manera conservadora y siempre trataban a los jóvenes con mucha amabilidad.

1 Tomado de Mishima (2007).

Entre los marineros corría el rumor de que el capitán era medio calvo por culpa de su libertinaje, y que por eso mantenía su dignidad llevando siempre puesta la gorra de uniforme.

En cuanto el capitán llegó a la casa, empezó a hablar del asunto que le llevaba allí con la madre de Shinji. El muchacho también estaba presente.

Cuando los chicos del pueblo llegaban a los diecisiete o dieciocho años iniciaban su formación marinera como «pinches». Se les llamaba así porque una de sus tareas consistía en preparar el arroz para la tripulación. Shinji había alcanzado la edad apropiada, y el capitán quería saber si le gustaría enrolarse en el *Utajima-maru* como «pinche».

La madre callaba, y Shinji le dijo al capitán que le daría una respuesta después de que hubiera tenido ocasión de planteárselo a su patrón, Jukichi. El capitán replicó que, si su decisión dependía de que Jukichi lo aceptara, ya había hablado con él y estaba de acuerdo.

Sin embargo, había en la oferta algo extraño que desconcertaba al muchacho. El *Utajima-maru*, pertenecía a Terukichi, y desde luego no había motivo alguno para que este empleara a Shinji, por quien solo sentía desagrado, como marinero en uno de sus barcos.

—En esto te equivocas —le dijo el capitán—. El tío Teru se ha dado cuenta de que serás un buen marinero. En cuanto te mencioné, el tío Teru se mostró de acuerdo. Así que ánimo y prepárate para trabajar duro.

A fin de estar completamente seguro, Shinji acompañó al capitán a casa de Jukichi, quien también le instó a que aceptara el empleo. Le dijo que su ausencia crearía algunas dificultades en el *Taihei-maru*, pero que él no podía obstaculizar el futuro del muchacho. Así pues, Shinji aceptó.

Al día siguiente, Shinji oyó la sorprendente noticia de que también Yasuo iba a enrolarse como aprendiz en el *Utajima-maru*. Decían que a Yasuo no le gustaba nada la idea de empezar como «pinche» y que se había visto obligado a aceptarlo solo cuando el tío Teru afirmó que el aprendizaje era imprescindible antes de que aprobara su noviazgo con Hatsue.

Cuando Shinji lo supo, la inquietud y el dolor embargaron su ánimo, pero al mismo tiempo se sintió esperanzado.

En compañía de su madre, Shinji fue al santuario de Yashiro para rezar por una travesía sin peligros y hacerse con el amuleto.

Llegó el día de la partida. Acompañados por el capitán, Shinji y Yasuo subieron a bordo del transbordador *Kamikaze-maru* con rumbo a Toba. Varias personas acudieron a despedirse de Yasuo, entre ellas Hatsue, pero Terukichi no estaba presente. A Shinji solo había ido a despedirle su madre e Hiroshi.

Hatsue no dirigió su mirada a Shinji, pero cuando el barco estaba a punto de zarpar, le susurró algo a la madre de Shinji al tiempo que le entregaba un paquetito. La madre se lo entregó a su hijo.

Ni siquiera estando ya a bordo Shinji tuvo oportunidad de abrir el paquete, pues el capitán y Yasuo estaban a su lado. Observó la línea costera

de Utajima, que iba quedando atrás, y en ese estado de contemplación comprendió por primera vez sus sentimientos.

Era un joven nacido y criado en aquella isla, a la que amaba más que a nada en el mundo, y sin embargo, ahora ansiaba abandonarla. Su deseo de marcharse era lo que le había impulsado a aceptar la oferta de un puesto de trabajo en el *Utajima-maru* que le hiciera el capitán.

La isla se perdió de vista y el muchacho experimentó una sensación de paz. Como nunca le había sucedido en sus travesías pesqueras diarias, ahora no tenía que pensar en que por la noche regresaría a la isla.

«¡Soy libre!», exclamó para sus adentros. Por primera vez se daba cuenta de que podía existir aquella extraña clase de libertad.

El *Kamikaze-maru* navegó bajo la llovizna. Yasuo y el capitán extendieron las esteras de paja en el camarote y se acostaron. Yasuo no había dirigido la palabra a Shinji desde que subieron a bordo.

El muchacho acercó la cara a uno de los portillos, a través del cual se deslizaban las gotas de lluvia, y a la luz que se filtraba por el cristal examinó el contenido del paquete de Hatsue. Era otro amuleto del santuario de Yashiro, una foto de la joven y una carta. Esta decía:

«A partir de hoy iré al santuario de Yashiro para rezar por tu seguridad. Mi corazón te pertenece. Cuídate y regresa sano y salvo, por favor. Te adjunto mi foto, de modo que pueda viajar contigo. Me la hicieron en el cabo Daio. Por lo que respecta a la travesía... verás, mi padre no me ha dicho nada, pero creo que debe de haber algún motivo especial que le haya decidido a reuniros a ti y a Yasuo en el mismo barco. Y de alguna manera intuyo un rayo de esperanza para nosotros. Por favor, no pierdas la esperanza, te lo ruego. Sigue luchando, por favor.»

Esta carta llenó de estímulo al muchacho. Se sintió fortalecido, y embargó todo su cuerpo la grata sensación de que la vida era hermosa y merecía la pena vivirla.

Yasuo seguía durmiendo. A la luz del portillo, Shinji contempló la fotografía de Hatsue. La joven se apoyaba en uno de los enormes pinos del cabo Daio y la brisa marina le arremolinaba la falda del blanco vestido veraniego y le acariciaba la piel. La idea de que él también había hecho lo mismo que hacía el viento en la fotografía reforzó todavía más su ánimo.

Reacio a apartar la vista de la imagen, Shinji había apoyado la foto en el borde del portillo empañado por la lluvia, y llevaba mirándola largo rato cuando detrás de ella se dibujó lentamente el contorno de la isla de Toshi a babor. Una vez más se esfumó el sosiego que le había envuelto durante breves momentos, pero la extraña manera en que el amor puede torturar el corazón con el deseo ya no era ninguna novedad para él.

Cuando llegaron a Toba había dejado de llover. Por los claros entre las nubes se filtraban rayos de luz plateada. El *Utajima-maru*, con sus ciento ochenta y cinco toneladas de desplazamiento, destacaba entre los numerosos pesqueros anclados en el puerto de Toba. Los tres hombres saltaron a la cubierta, centelleante bajo el sol después de la lluvia. Las brillantes gotas de lluvia seguían deslizándose por los mástiles pintados de blanco, y los imponentes botalones estaban plegados sobre las escotillas.

La tripulación aún no había regresado del permiso en tierra. El capitán condujo a los dos muchachos a su alojamiento, una cabina de ocho *tatamis* junto a la del patrón y directamente encima de la cocina y el comedor. Aparte de las taquillas y un pequeño espacio central cubierto con delgadas esteras de paja, no había nada más que dos conjuntos de literas dobles a la derecha y, a la izquierda, un juego de literas y un camastro separado para el primer maquinista. En el techo, como si fuesen amuletos, estaban fijadas con chinchetas varias fotografías de actrices de cine.

A Shinji y Yasuo les correspondió el primer grupo de literas, a la derecha. El primer maquinista, el primer y segundo oficiales, el contramaestre, los marineros y los fogoneros dormían en aquel único y pequeño camarote, pero como alternaban las guardias, siempre había suficientes literas disponibles en cualquier momento.

Tras mostrarles el puente, el alojamiento del patrón, las bodegas y el comedor, el capitán los dejó en el camarote de la tripulación para que descansaran.

Al quedarse solos, los dos jóvenes se miraron. Yasuo se sentía animado y decidió hacer las paces.

—Bueno, aquí estamos por fin los dos solos, y hemos de ser compañeros. En la isla han pasado muchas cosas, pero olvidémoslas y, a partir de ahora, seamos buenos amigos.

Shinji no pronunció palabra. Se limitó a demostrar su aceptación con un sonido gutural y sonrió.

Hacia el anochecer la tripulación regresó al barco. La mayoría de los marineros eran de Utajima, y tanto Shinji como Yasuo los conocían de vista. Olían todavía a licor y bromearon con los recién llegados. Entonces les informaron de los hábitos cotidianos a bordo y les asignaron sus diversas tareas.

El barco zarparía a las nueve de la mañana. Shinji recibió el encargo de quitar del mástil la luz de fondeo a la mañana siguiente en cuanto amaneciera. La luz de fondeo era muy parecida a los postigos de una casa en tierra: apagarla significaba que el barco estaba despierto, de la misma manera que abrir los postigos que han permanecido cerrados por la noche significa que una casa está despierta.

Shinji apenas pegó ojo en toda la noche, y a la mañana siguiente se levantó antes de que saliera el sol y retiró la luz de fondeo mientras el ambiente iba volviéndose gris. La mañana se iniciaba con una lluvia brumosa y las farolas de Toba trazaban dos líneas rectas desde el puerto hasta la estación del ferrocarril.

En la estación sonó el silbato gangoso de un tren de carga.

El muchacho trepó por el mástil que sostenía las velas plegadas, utilizadas como propulsión auxiliar. La madera estaba mojada y fría, y el movimiento de balanceo de las pequeñas olas que rompían contra los costados del barco se transmitía directamente al mástil. Bajo los primeros rayos del sol matinal, y envuelta en la bruma, la luz de fondeo estaba difuminada y presentaba un aspecto lechoso. El muchacho tendió el brazo para desengancharla. Como si le disgustara que la bajaran, la luz de fondeo se balanceó de un lado a otro, la llama vaciló dentro del vidrio empapado y unas gotas de agua cayeron en el rostro alzado del joven.

Shinji se preguntó en qué puerto recalaría el barco la próxima vez que descolgara aquella luz.

El *Utajima-maru*, fletado por la Compañía de Transporte Yamagawa, iba a transportar madera a Okinawa y regresaría a Kobe al cabo de unas seis semanas. Tras cruzar el canal de Kii y recalar en Kobe, el barco navegó hacia el oeste por el Mar Interior y pasó la inspección de cuarentena en Moji. Entonces prosiguió rumbo hacia el sur siguiendo la costa oriental de Kyushu, y recibió el permiso para zarpar en el puerto de Nichinan, en la prefectura de Miyazaki, donde había una oficina de aduanas.

En el lado este de la península de Osumi, en el extremo meridional de la isla de Kyushu, se encuentra la bahía de Shibushi, con el puerto de Fukushima situado al final de la prefectura de Miyazaki, de modo que los trenes entran en la prefectura de Kagoshima antes de llegar a la siguiente estación. Fue en el punto de Fukushima donde el barco cargó cuatrocientos metros cúbicos de madera.

Tras zarpar de Fukushima, el *Utajima-maru* se convirtió a todos los efectos en un barco de alta mar. Tardaría dos o dos días y medio en llegar a Okinawa. Cuando no tenían que ocuparse de la carga, o durante los periodos de descanso, los tripulantes se repantigaban en las delgadas esteras de paja que cubrían el espacio de tres tatamis² en el centro de su alojamiento y escuchaban música en un fonógrafo portátil. Tenían pocos discos, y los que había estaban en tan mal estado que, al ser arañados por la aguja oxidada, convertían la música en chirridos. Todas las canciones sin excepción eran baladas sentimentales que hablaban de mujeres, la Cruz del Sur, el licor o los suspiros. El primer maquinista carecía de sentido musical y era incapaz de aprender siquiera una tonada a lo largo de una travesía, además de que siempre acaba olvidando lo poco que había aprendido antes de iniciar el siguiente viaje. Cada vez que el barco cabeceaba o se balanceaba de improviso la aguja se deslizaba por el disco y dejaba una raya más en su superficie.

A menudo permanecían levantados hasta altas horas de la noche, enzarzados en discusiones ridículas. Temas como el amor y el matrimonio, o si el cuerpo humano podía soportar que le inyectaran la misma cantidad

² Tatami: tapiz o colchoneta acolchada que se usa para recostarse sobre el suelo.

de sal que de dextrosa, bastaban para hacerles hablar durante horas. La persona que mantenía su opinión con más testarudez era la que solía imponer al final su criterio, pero los razonamientos de Yasuo, que había sido presidente de la Asociación Juvenil de la isla, eran tan lógicos que incluso se ganaba el respeto de los mayores. En cuanto a Shinji, siempre guardaba silencio, abrazándose las rodillas, sonriente, mientras escuchaba las opiniones de sus compañeros.

—No hay duda de que el chico es tonto —le dijo cierta vez al capitán el primer maquinista.

La vida a bordo del barco era muy activa. Desde que los recién llegados subieron a bordo, siempre había cubiertas que limpiar o les esperaba cualquiera de las numerosas tareas de las que eran responsables.

Poco a poco la tripulación se fue percatando sin asomo de duda de lo perezoso que era Yasuo, quien consideraba suficiente aparentar que cumplía con sus deberes aunque en realidad no hiciera nada. En cambio, Shinji le encubría e incluso realizaba parte del trabajo de Yasuo, por lo que la actitud de este no fue advertida de inmediato por sus superiores.

Pero una mañana, el contramaestre, al encontrar a Yasuo haraganeando en el camarote tras haberse escaqueado de su tarea, consistente en limpiar la cubierta, con el pretexto de que iba a la proa, perdió los estribos y le reprendió de un modo terminante.

La réplica de Yasuo no pudo ser más irreflexiva.

—Bueno, en cualquier caso, cuando termine esta travesía me convertiré en el hijo del tío Teru. Entonces este barco me pertenecerá.

El contramaestre estaba airado, pero tuvo la prudencia de retener la lengua, al considerar que las cosas muy bien podrían resultar tal como Yasuo decía. No volvió a regañar a Yasuo, pero por las palabras que había susurrado a un compañero los demás hombres pronto supieron lo que había dicho el insubordinado joven, y ello fue en detrimento más que en beneficio de Yasuo.

Shinji estaba muy ocupado, y la única oportunidad que tenía de mirar la foto de Hatsue era un breve momento cada noche antes de acostarse o cuando estaba de guardia. Nunca permitía que los demás atisbasen siquiera de reojo la imagen. Un día, cuando Yasuo se jactaba de que Terukichi le había adoptado como marido de Hatsue, Shinji recurrió a un medio de venganza que en su caso era de los más taimado. Le preguntó a Yasuo si tenía una foto de Hatsue.

—Pues claro que la tengo —replicó Yasuo de inmediato.

Shinji estaba convencido de que eso era mentira, y su corazón se llenó de júbilo.

Poco después Yasuo se dirigió a él en un tono despreocupado.

—¿También tú tienes una? —le preguntó.

—¿Una qué?

—Una foto de Hatsue.

—No, no tengo ninguna.

Probablemente era la primera vez en su vida que Shinji mentía a sabiendas.

El *Utajima-maru* llegó a Naha. Tras el periodo de cuarentena entró en el puerto y se procedió a la descarga.

Tuvo que estar anclado dos o tres días, esperando el permiso para entrar en el puerto cerrado de Unten, donde cargaría chatarra antes de iniciar la travesía de regreso a Japón³. Unten se encontraba en el extremo septentrional de Okinawa, donde las fuerzas norteamericanas efectuaron su primer desembarco durante la guerra.

Puesto que la tripulación no tenía permiso para desembarcar, se pasaban el tiempo contemplando desde la cubierta las islas desoladas y yermas. Cuando los norteamericanos desembarcaron, temerosos de que hubiera minas sin estallar, quemaron todos los árboles de las colinas.

Aunque había finalizado la guerra de Corea, en la que Okinawa tuvo importancia como base aérea de los norteamericanos, para los tripulantes de *Utajima-maru* el aspecto de la isla seguía siendo sumamente insólito. De la mañana a la noche se oía el estrépito de los cazas en vuelos de prácticas, e innumerables vehículos —turismos, caminos y diversos vehículos militares—, relucientes bajo el sol del verano tropical, se desplazaban constantemente de un lado a otro por la ancha carretera pavimentada que bordeaba el puerto. Al lado de la carretera brillaba el cemento nuevo de las casas prefabricadas para las familias del personal militar norteamericano, mientras que los tejados de hojalata, llenos de parches, de las maltrechas casas japonesas resaltaban como feas manchas en medio del paisaje.

La única persona que desembarcó, a fin de pedir al agente de la Compañía de Transportes Yamagawa que enviara un comerciante de efectos navales, fue el primer oficial.

Llegó el esperado permiso para entrar en Unten. El *Utajima-maru* atracó en el puerto y cargaron la chatarra en sus bodegas. Acababan de hacerlo cuando se les informó de que un tifón amenazaba con abatirse sobre Okinawa. Confiando en librarse del tifón marchándose lo antes posible, zarparon a primera hora de la mañana siguiente. Todo lo que había que hacer entonces era poner rumbo directo a Japón.

Aquella mañana caía una lluvia ligera. Las olas eran altas y los vientos soplaban del sudoeste. Las colinas desaparecieron rápidamente de la vista ocultas tras el oleaje, y el *Utajima-maru* navegó guiándose por la brújula durante seis horas, con visibilidad muy escasa. La aguja del barómetro no dejaba de bajar y la altura de las olas aumentaba todavía más. El descenso de la presión atmosférica era alarmante.

3 En aquel entonces, los primeros años 50 del siglo XX, las islas de Okinawa pertenecían a Estados Unidos, que las habían ocupado al término de la Segunda Guerra Mundial. No fueron devueltas a Japón hasta 1972. (Nota del texto original).

El capitán decidió regresar a Unten. El viento convertía la lluvia en bruma, la visibilidad se redujo al cero absoluto y el regreso a puerto, prolongado durante seis horas, resultó extremadamente difícil.

Por fin avistaron las colinas de Unten. El contramaestre, muy familiarizado con aquellas aguas, estaba a la mira en la proa. Rodeaban el puerto una serie de arrecifes coralinos que se extendían a lo largo de unos tres kilómetros, y el canal que se abría entre ellos, que ni siquiera estaba señalizado con boyas⁴, presentaba una gran dificultad a la navegación.

—¡Alto!... ¡Adelante!... ¡Alto!... ¡Adelante!...

Comprobaban el avance una y otra vez y seguían adelante muy despacio. De este modo el barco cruzó el canal entre los arrecifes coralinos. Cuando lo dejaron atrás, eran las seis de la tarde.

Un bonitero se había refugiado entre los arrecifes. Los dos barcos se amarraron con varios cabos y entraron en el puerto de Unten navegando uno al lado del otro.

En el puerto las olas eran bajas, pero la intensidad del viento iba en aumento. Mientras el *Utajima-maru* y el bonitero seguían uno al lado del otro, los tripulantes utilizaron cuatro cabos, dos cuerdas y dos cables metálicos para unir las proas a una boya del tamaño de una habitación pequeña y se dispusieron a aguantar al ancla⁵ la tormenta.

El *Utajima-maru* carecía de equipo de radio y dependía exclusivamente de la brújula. Así pues, el operador de radio del bonitero les pasaba los informes que recibía acerca de la intensidad y el rumbo del tifón.

Cuando llegó la noche, cuatro hombres montaron guardia en la cubierta del bonitero, mientras que en el *Utajima-maru* eran tres los hombres destinados a vigilar. Su tarea consistía en observar las cuerdas y los cables, pues podían romperse en cualquier momento.

También les inquietaba la posibilidad de que la boya no aguantara, pero el peligro de que los cabos se rompieran era mucho mayor. Los hombres que hacían la guardia luchaban con el viento y las olas, arriesgando a menudo la vida para mantener los cabos mojados, temerosos de que pudieran deshilacharse si el viento los secaba demasiado.

A las nueve de la noche, un viento que soplaba a cien kilómetros por hora se abatió contra las dos embarcaciones.

Una hora antes de medianoche, Shinji, Yasuo y un joven marinero se encargaron de la guardia. En cuanto salieron a cubierta, gateando, el viento los arrojó contra la pared, y la lluvia agitada por el viento les azotó las mejillas, punzante como si estuviera hecha de agujas.

Era imposible permanecer erguido en la cubierta, que se alzaba como un muro ante sus ojos. Todos los maderos del barco crujían y retumbaban. En el puerto, las olas no eran lo bastante altas como para barrer las cubiertas, pero

⁴ Boya: Cuerpo flotante sujeto al fondo del mar, de un lago o de un río que se coloca como señal.

⁵ Aguantar al ancla: en náutica, se dice cuando la embarcación aguanta un temporal estando anclada o fondeada.

el agua que levantaban, transportada por el viento, se había convertido en una bruma ondulante que les impedía ver. Arrastrándose por la cubierta, los tres llegaron finalmente a la proa y se aferraron a las bitas⁶, a las que estaban atados las dos cuerdas y los dos cables que fijaban el barco a la boya.

Los marineros divisaban vagamente el contorno de la boya a veinticinco metros de distancia, una presencia revelada en la profunda oscuridad de la noche por la pintura blanca. Y cuando, acompañada por el chirrido de los cables, que parecían gritar, una enorme ráfaga de viento golpeaba el barco y lo alzaba a considerable altura, la boya se hundía muy por debajo de ellos en la negrura y parecía más pequeña.

Los tres intercambiaban miradas mientras se aferraban a las bitas, pero no hablaban. Y el agua salada que les golpeaba la cara incluso les impedía mantener los ojos abiertos. Era muy sorprendente, pero los silbidos del viento y el estrépito del mar conferían a la noche que los envolvía una extraña serenidad en medio del frenesí.

Su trabajo consistía en mirar fijamente los cabos que sujetaban al *Utajima-maru*. Cuerdas y cables, muy tensos, trazaban las únicas líneas rectas indómitas en una escena en la que todo lo demás traqueteaba y oscilaba con el furor de la tormenta. Esa manera de contemplar las líneas rígidamente trazadas les procuraba una sensación afín a la confianza, nacida de su misma concentración.

En ocasiones el viento parecía cesar de repente, pero tales momentos, en vez de tranquilizar a los tres jóvenes, les hacían temblar de terror. Al instante otra enorme ráfaga de viento se abatía de nuevo con un estrépito ensordecedor, haciendo matraquear los penoles de verga⁷.

Los tres prosiguieron su silenciosa vigilancia de los cabos. Oían a intervalos, incluso imponiéndose al del viento, el sonido estridente y el chasquido de las cuerdas y los cables.

—¡Mirad! —dijo Yasuo con un hilo de voz.

Uno de los cables enrollados a las bitas chirriaba de una manera alarmante y parecía resbalar un poco. Las bitas estaban directamente ante sus ojos, y los marineros percibieron una alteración muy ligera pero siniestra en la manera en que los cabos estaban enrollados en aquellos postes.

En aquel instante un trozo de cable retrocedió en la oscuridad, restallando como un látigo, y golpeó las bitas con un sonido que parecía un gruñido.

Los jóvenes lo habían esquivado al instante, evitando por segundos que el cable cortado, que tenía la fuerza suficiente para darles un tajo hasta el hueso, los alcanzara. Como un ser vivo que tardara mucho tiempo en morir, el cable se retorció en la oscuridad con un sonido agudo, hasta que quedó inmóvil, formando un semicírculo.

6 Bitas: en náutica son los trozos de fierro de forma cilíndrica apernados fuertemente a las cubiertas que sirven para tomarle vueltas a las cuerdas que atan las velas.

7 Verga: en náutica es el palo puesto horizontalmente en un mástil y que sirve para sostener la vela. Los penoles son los extremos de las vergas.

Cuando por fin comprendieron la situación, los tres jóvenes palidecieron. Uno de los cuatro cables que sujetaban el buque a la boya había cedido, y nadie podía garantizar que el cable y las dos estachas que quedaban no se rompieran también en cualquier momento.

—Hay que decírselo al capitán —dijo Yasuo, apartándose de las bitas.

El joven avanzó a paso de tortuga, buscando asideros, cayó al suelo varias veces y siguió adelante a tientas, hasta que llegó al puente e informó al capitán.

El fornido capitán no perdió la calma, o por lo menos aparentó no hacerlo.

—Bueno, entonces usaremos una cuerda salvavidas. El tifón ha llegado a su apogeo a la una, así que ahora no hay peligro alguno si empleamos una cuerda. Alguien puede nadar hasta la boya y atar la cuerda salvavidas.

Dejando al segundo oficial en el puente de mando, el capitán y el primer oficial siguieron a Yasuo. Como ratones que tirasen de un pastelillo de arroz, enrollaron y cargaron, arrastrándolos paso a paso, una cuerda salvavidas y un merlín⁸ nuevo, desde el puente hasta las bitas de la proa.

Shinji y el marinero los miraron con expresión inquisitiva.

El capitán se inclinó por encima de ellos y gritó a los tres jóvenes:

—¿Quién de vosotros va a llevar esta cuerda para atarla a la boya?

El rugido del viento cubrió el silencio de los muchachos.

—¿Es que ninguno de vosotros tiene redaños? —gritó de nuevo el capitán.

A Yasuo le temblaban los labios. Hundió el cuello en los hombros.

Entonces Shinji gritó algo en un tono alegre, y al hacerlo la blancura de sus dientes brilló en la negrura y reveló su sonrisa.

—Yo lo haré —dijo con claridad.

—¡Muy bien! ¡Adelante!

Shinji se levantó. Le avergonzaba haber permanecido acucillado en la cubierta hasta entonces, casi como encogido de miedo. De las negras profundidades de la noche surgió el viento y le golpeó de lleno, mas para Shinji, acostumbrado al mal tiempo en un pequeño barco de pesca, la oscilante cubierta sobre la que sus pies estaban bien afianzados no se diferenciaba de un trozo de tierra, aunque, desde luego, un poco desquiciado.

El muchacho prestó atención a los ruidos de la tormenta. El tifón se encontraba directamente encima de la hermosa cabeza del muchacho. Para Shinji era tan razonable que le invitaran a participar de aquel banquete de locura como que le hubieran invitado a una siesta tranquila y natural por la tarde.

El sudor le corría tan copiosamente bajo el impermeable que tenía empapados la espalda y el pecho. Se quitó el impermeable y lo arrojó a un lado. Su figura descalza vestida con camiseta blanca se hizo visible en la negrura de la tormenta.

Siguiendo las instrucciones del capitán, los hombres ataron a las bitas un extremo de la cuerda salvavidas y el otro al merlín. La operación, obstaculizada por el viento, avanzaba lentamente.

Cuando por fin las cuerdas estuvieron atadas, el capitán tendió a Shinji el extremo libre del merlín y le gritó al oído:

8 Merlín: en náutica es el cabo delgado de cáñamo alquitranado, que se emplea a bordo para costuras.

—¡Átate esto a la cintura y nada con todas tus fuerzas! ¡Cuando llegues a la boya, tiras del cabo y lo amarras bien!

Shinji se rodeó la cintura con el merlín, por encima del cinturón, dándole dos vueltas. Entonces, de pie en la proa, contempló el mar. Bajo la espuma, bajo las cabrillas que se desintegraban al romper contra la proa, estaban las olas totalmente negras, invisibles, que se retorcían y enroscaban. Seguían repitiendo sus movimientos amorfos, ocultando sus caprichos incoherentes y peligrosos. Apenas una de ellas parecía a punto de erguirse y hacerse visible a los marineros cuando se desplomaba y volvía a ser un abismo remolineante e insondable.

En aquel momento, Shinji pensó en la fotografía de Hatsue que guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta colgada en la cabina de la tripulación. Pero el viento se llevó los fragmentos de ese pensamiento ocioso, y el muchacho se zambulló desde la proa del barco.

La boya se encontraba a unos veinticinco metros de distancia. A pesar de su gran fortaleza física y de su confianza en que no iba abandonarle, y también a pesar de su capacidad para nadar alrededor de su isla natal cinco veces seguidas, seguía pareciendo imposible que todo ello bastara para cruzar la inmensidad de aquellos veinticinco metros.

Una fuerza terrible atenazaba los brazos del muchacho; algo parecido a una cachiporra invisible los apaleaba mientras intentaban abrirse paso a través de las olas. Sin poder evitarlo, las olas le zarandeaban, y cuando intentaba oponerles su fuerza y luchar a brazo partido con ellas, sus movimientos eran tan inútiles como si tratara de correr por una superficie cubierta de grasa.

Tenía la seguridad de que por fin la boya estaba al alcance de su brazo, pero cuando emergía del seno de la siguiente ola la buscaba con la mirada y constataba que seguía a la misma distancia que antes.

El muchacho nadaba con todas sus fuerzas. Y centímetro a centímetro, paso a paso, la enorme masa del enemigo retrocedió, despejándole el camino. Era como si un taladro atravesara lo más duro de una roca maciza.

La primera vez que su mano tocó la boya, perdió el asidero y el oleaje le apartó de él. Pero entonces tuvo la fortuna de que otra ola le empujara hacia delante y, cuando parecía que su pecho iba a chocar con el borde de hierro, lo alzó y con un solo movimiento lo depositó sobre la boya.

Shinji aspiró hondo, y el viento que penetraba por su boca y sus fosas nasales casi pareció asfixiarle. En aquel instante le pareció que jamás podría respirar de nuevo, y durante un rato incluso se olvidó de la tarea que debía realizar.

La boya giraba y oscilaba, entregando generosamente su cuerpo al negro mar. Las olas inundaban sin cesar la mitad de su superficie, derramándose de una manera tumultuosa.

Tendido de bruces para que el viento no le derribara, Shinji empezó a desatarse la cuerda enrollada a la cintura. El nudo estaba mojado y era difícil aflojarlo. Cuando por fin consiguió desatarlo, empezó a tirar del merlín.

Entonces, por primera vez, miró hacia el barco y distinguió las formas de los cuatro hombres agrupados junto a las bitas de la proa. Los marineros que estaban de guardia en la proa del bonitero también miraban fijamente en su dirección. Aunque solo estaba a veinticinco metros de distancia, todo parecía sumamente alejado. Las negras sombras de los dos barcos amarrados se alzaban juntas, una al lado de la otra, a una altura considerable, y volvía a sumergirse en las olas.

El delgado merlín ofrecía poca resistencia al viento y era relativamente fácil tirar de él, pero pronto se añadió un notable peso a su extremo. Ahora el muchacho tiraba de la cuerda salvavidas, con un grosor que superaba los diez centímetros, y poco le faltó para que su movimiento lo arrojara al mar.

La resistencia del viento contra la cuerda era muy fuerte, pero por lo menos el muchacho la tenía asida por un extremo. Era tan gruesa que incluso una de sus grandes manos no conseguía rodearla por completo.

Shinji no sabía cómo aplicar su fuerza. Quería afirmar bien los pies para tirar de la cuerda, pero el viento no le permitía mantener esa postura. Y cuando se olvidó de eso y aplicó toda su fuerza a la cuerda, estuvo en un tris de ser arrastrado al mar. Su cuerpo empapado desprendía un calor febril, la cara le ardía y las sienes le latían con violencia.

Finalmente consiguió enrollar la cuerda una vez más a la boya, y entonces la maniobra resultó más fácil. La cuerda le proporcionó un punto de apoyo para su fuerza, y por fin pudo sostenerse con la gruesa cuerda.

Dio otra vuelta a la boya con la cuerda y procedió a atarla metódicamente. Agitó los brazos para anunciar que había concluido con éxito la tarea.

Vio con claridad que los cuatro hombres del barco le respondían agitando también los brazos. El muchacho se olvidó de lo cansado que estaba. Su tendencia al buen humor se reafirmó y recuperó la energía que casi le había abandonado. De cara a la tormenta, aspiró hondo y entonces se zambulló para regresar al barco.

Bajaron una red desde la cubierta y alzaron a Shinji a bordo. Una vez el muchacho estuvo de nuevo en la cubierta, el capitán le dio unas palmadas en la espalda con su enorme mano. Aunque Shinji estaba a punto de desmayarse de fatiga, su energía masculina aún le sostenía.

El capitán y Yasuo le ayudaron a trasladarse a su alojamiento, y los hombres que no estaban de guardia le secaron. En cuanto estuvo tendido en su litera, Shinji se quedó dormido. Los sonidos de la tormenta no podrían haber turbado un sueño tan profundo.

A la mañana siguiente, cuando Shinji abrió los ojos el sol se derramaba en su almohada. A través del redondo portillo contempló el cielo azul y nítido como el cristal tras el paso del tifón, el panorama de colinas desnudas bajo un sol tropical, el brillo de un mar plácido y en calma.



EL RUMOR DEL OLEAJE

A partir de la lectura del capítulo de la novela de Yukio Mishima, responde:

1. Shinji y Yasuo pretenden el amor de Hatsue. Ellos inician su formación marinera como “pinches” en el *Utajima - maru*, y comparten el camarote:

“El capitán los dejó en el camarote de la tripulación para que descansaran. Al quedarse solos, los dos jóvenes se miraron. Yasuo se sintió animado y decidió hacer las paces.

—Bueno, aquí estamos por fin los dos, y hemos de ser compañeros. En la isla han pasado muchas cosas, pero olvidémoslas y, a partir de ahora seremos, buenos amigos.”

¿Qué opinas sobre el hecho de que los dos se propusieran ser amigos?

2. ¿Qué dificultades logra superar Shinji? ¿Te conmovieron?, ¿por qué?

3. Finalmente, la novela termina cuando Hatsue se compromete con uno de sus dos pretendientes. ¿Con quién crees que lo hace? Explica tus razones de acuerdo con lo que has leído en el capítulo que te hemos presentado.
